ETC. Investigación y reportajes Página/12



EL COLOR DE LOS DEMOCRATAS

Estados Unidos vive en estos días una fiebre denominada Jesse Jackson. Desafiando todos los pronósticos iniciales, el pastor negro de 46 años ha puesto patas para arriba la carrera de los demócratas hacia la presidencia. Pese a los reveses sufridos esta semana en Wisconsin y Colorado, escasos 29 delegados lo separan de los 735 que hasta el momento ha conseguido su oponente Michael Dukakis, un tecnócrata competente, hijo de inmigrantes griegos que pretende emular a Kennedy. En Wisconsin y Colorado, Jackson acaparó los votos de dos de cada tres blancos.

Por Francisco G. Basterra
El País, Washington

Una oleada de pánico sopla sobre el Partido Demócrata conmocionado ante la posibilidad, real, de que tenga que designar finalmente a Jesse Jackson como candidato a la presidencia o a la vicepresidencia de EE.UU. La histórica y aplastante victoria del reverendo Jackson en Michigan (por primera vez un político negro triunfa en un estado industrial del Norte, donde la población de color es sólo del 12 por ciento) ha puesto patas arriba la carrera de los demócratas a la presidencia.

Estados Unidos lleva semanas preguntándose, con grandes dosis de mala conciencia: "¿Qué quiere Jesse?". A ninguno de los otros aspirantes se les pregunta qué quieren, dándose por supuesto que aspiran a ocupar el despacho Oval de la Casa Blanca. Jackson, un populista liberal de 46 años, partidario de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y defensor de Fidel Castro, ha respondido claramente: "Si mantengo la ventaja en la carrera en julio (actualmente tiene más votos populares y los mismos delegados que Dukakis), quiero la designación y después de debatir con Bush tres veces, quiero tomar posesión de la presidencia".

Las peores pesadillas del *establishment* demócrata se han cumplido. Al cabo de 35 elecciones primarias, ningún candidato "convencional" (esto es, de raza blanca) ha podido arrastrar a los votantes y convertirse en el *número uno* destacado a ungir en la convención del 18 de julio en Atlanta. Se contaba con que Jackson iba a ser una fuerza a tener en cuenta, influyente en el programa del partido para la elección de noviembre, pero nadie pensaba que este reverendo baptista, que ha hecho carrera como líder de los derechos civiles, fuera a determinar el futuro del Partido Demócrata.

Los demócratas se encuentran ante un dilema sin fácil solución. Nadie quiere iniciar un movimiento para detener a Jesse, aunque todos desean que finalmente, aunque sea sin brillantez y por puntos, sea Dukakis el encargado de hacerlo. Parar a Jackson, si llega con más delegados que nadie a Atlanta, no sólo sería antidemocrático y quebraría todas las reglas de juego del partido, sino que pondría en peligro la lealtad del importante voto negro. Pero, por otra parte, los demócratas caminan a un seguro desastre si designan a Jackson.

Y esto por dos razones, que resume el congresista demócrata Barney Frank: "Una es que, desgraciadamente, todavía hay racismo en Estados Unidos. Y además, Jesse está todavía a la izquierda del país, sobre todo en política exterior". Esta situación es una bendición para los republicanos, que cuentan ya con un candidato seguro, George Bush. Los sondeos señalan, sin embargo, que Dukakis



es todavía la mejor esperanza del partido para conseguir la presidencia el 8 de noviembre.

La proeza de Jackson, convertirse a pesar del color de su piel en un candidato nacional respetable, ha sido posible sin que su programa haya sido hasta el momento objeto del mismo análisis intenso que el de sus competidores. Ha jugado a su favor su raza. A partir de ahora su mensaje de poner fin a la "violencia económica" del desempleo y de los trabajos mal pagados, ataques a la codicia de las elites financieras y la lucha contra la droga como "más importante que la lucha contra el comunismo", va a ser sometido a un intenso escrutinio.

Jackson, que carece de experiencia administrativa como gestor y que nunca ha sido elegido para un cargo público, ha apelado hasta ahora más a las emociones que a la razón, y no ha creído necesario explicar cómo logrará sus objetivos y cuáles son los números detrás de su programa. Superado el primer importante escollo (a pesar de su raza es creíble su aspiración a la presidencia) ahora tendrá que demostrar que está preparado para serlo. Sin descontar el racismo aún latente en la sociedad norteamericana, muchos que conocen a Jesse creen que su principal problema reside en que no tiene las calificaciones necesarias para ser presidente.

La fuerza demostrada por Jackson, arrastrando votos blancos, aunque no más de un 10 por ciento, ha destrozado la imagen de Dukakis, para quien los santones del partido preparaban una designación inevitable. El gobernador de Massachusetts continúa siendo, a pesar de su gran bolsa de dinero, los millones de dólares invertidos en televisión y su gran organización, un desconocido a nivel nacional. Su mensaje de competencia tecnocrática, "más empleos y mejores salarios", y su promesa de repetir a nivel nacional el "milagro económico" de Massachusetts se ha pinchado.

Este hijo de inmigrantes griegos que vende un liberalismo clásico pero barato —no defiende la masiva intervención estatal clásica del Partido Demócrata— matizado por sus dotes de buen gerente, aparece como un enanito político confrontado con Jackson. Ha sido incapaz en los estados industriales del Norte, en ninguno de los cuales había podido ganar, de atraer el voto de obreros industriales y la clase media, sin los cuales ningún demócrata puede llegar a la presidencia.

No ha sido capaz de explicar por qué quiere ser presidente, y no transmite una visión, propia y atractiva de adónde quiere llevar a EE.UU. en los próximos cuatro años. Se presenta como heredero de John Kennedy, y dice a sus audiencias que, 28 años después, "otro hijo de Massachusetts" va a llegar a la Casa Blanca. "Es el candidato con más dinero y con menos que decir", afirma William Carrick, el ex director de campaña de Richard Gephardt.

El éxito de Jackson confirma que los demócratas tendrán una convención abierta en Atlanta, donde el tironeo de delegados (hay 645 "superdelegados", luminarias del partido, que no son elegidos directamente) y el pacto debajo de la mesa quizá tengan que resolver lo que no resuelven 50 elecciones primarias. Y en una situación así todo es posible.

Vuelve a hablarse de que la debilidad del preferido por la clase política demócrata, Dukakis, y la irrupción de Jackson hacen más factible que el partido se vuelva hacia un "salvador". Se considera que la designación de Jackson, un personaje muy divisor y que tiene un alto grado de rechazo entre el electorado independiente y republicano, supondría una catastrófica derrota para los demócratas en las urnas en noviembre. Se recuerdan los desastres de McGovern, en 1972, y de Mondale, en 1984.

Todas las miradas se dirigen estos días hacia el gobernador del estado de Nueva York, Mario Cuomo, que continúa diciendo que no es ni será candidato y que sería antidemocrático saltar a la palestra sin haber competido en la fase previa. Dukakis cuenta para salvar su candidatura con el apoyo explícito de Cuomo antes de las primarias del 19 de abril en Nueva York. Cuomo considera débil el mensaje de Dukakis, que está siendo presionado para que abandone su imagen excesivamente cerebral e inyecte corazón y emoción en su campaña.

Pero pase lo que pase en Nueva York (que elige 255 delegados, el segundo paquete en importancia después de California), en Pensilvania y en California y Nueva Jersey el 7 de junio, las últimas primarias, ni Jackson ni Dukakis llegarán a Atlanta con los 2082 delegados en el bolsillo necesarios para ser designados en primera votación. El sistema proporcional de adjudicación de delegados lo hace matemáticamente imposible. La máxima aspiración es obtener un 40 por ciento y atraer a suficientes "superdelegados" para pasar la barrera.



ANTES DE LA CONVENCION

LOS ULTIMOS DIAS DE UN CANDIDATO

El miércoles Michael Dukakis respiró aliviado. Había obtenido en Wisconsin una ventaja del 20 por ciento sobre Jesse Jackson y eso le permitió aflojar la tensión acumulada ante los inesperados avances de su rival. Pero las cifras tampoco resultaron un fracaso para el pastor negro: en un estado con un 95 por ciento de población blanca, obtener 26 delegados no es nada despreciable. Tras los *caucuses* de Colorado —donde Dukakis triunfó por escaso margen— y las primarias de Wisconsin, la diferencia sigue siendo pequeña: el gobernador de Massachusetts tiene 735 delegados a su favor, contra 706 de Jackson.

La situación no termina de sorprender. Los éxitos cosechados por Jackson echaron por tierra todos los pronósticos. Hasta el aplastante triunfo de Michigan, nadie pensaba seriamente que pudiera convertirse en el candidato demócrata. Ahora, aunque la mayoría de los medios sigue creyendo que no logrará el éxito final, la duda está planteada. A tal punto que la cuestión se convirtió en debate nacional: diarios y revistas dedican páginas a la discusión del fenómeno. Eso obviamente beneficia a Jackson: expertos en medios de comunicación calcularon que la sola inclusión de su foto en las tapas de los últimos números de *Time* y *Newsweek* representa un impacto equivalente a seis millones de carteles de propaganda.

Antes de la Convención Nacional, los candidatos deben librar todavía varias batallas. Todos los ojos se dirigen ahora a Nueva York, donde las primarias que se celebrarán el 19 de este mes pondrán en juego 255 delegados. Las posibilidades de éxito de Jackson dependen, curiosamente, de que Albert Gore —el tercer candidato demócrata— haga una buena elección. En 1984, el reverendo logró en ese estado un 26 por ciento de los votos; ahora se cree que alcanzará el 35 por ciento. Eso deja para los otros dos candidatos un 65 por ciento: cuanto más se acerque Gore a Dukakis, mayor será la ventaja de Jackson.

Sin embargo, ninguno de los contendientes tiene ya posibilidades de conseguir los 2082 delegados necesarios para ser designado en la primera votación.

A la Convención Nacional que se desarrollará en Atlanta entre el 18 y el 21 de julio, concurrirán 4160 delegados elegidos en las primarias o *caucuses* (asambleas estatales) según el procedimiento preferido por cada estado. La mayoría de ellos tiene su voto comprometido con el candidato vencedor en su distrito, por lo menos en la primera ronda. Pero el peligro para Jackson son los 645 superdelegados (362 miembros del Comité Nacional Demócrata, 253 legisladores, 25 gobernadores y 5 "distinguidos dirigentes partidarios") cuyo apoyo no está oficialmente pautado de antemano. Es poco probable que le den el visto bueno a Jackson: quieren un candidato que pueda derrotar a George Bush en las elecciones presidenciales y, según las encuestas, Jackson no tiene posibilidades de hacerlo. Por eso abrió el paraguas por anticipado: "Si (los superdelegados) se movieran de una forma concertada —dijo— implicaría ahogar el proceso".

Los dos postulantes en carrera siguen dedicando esfuerzos para reforzar su imagen. El éxito obtenido por Jackson colaboró para que sus arcas se enriquecieran con nuevos aportes espontáneos, que le permiten dar impulso a una campaña que no contaba con demasiados medios, frente a los abundantes recursos desplegados por Dukakis. Sólo en enero, por ejemplo, este último invirtió 11 millones de dólares, casi cuatro veces más que los 2,7 millones desembolsados por Jackson. Este año a los medios tradicionales se sumó por primera vez la televisión por cable y buena parte de los candidatos compró espacios para propagar su imagen.

A la hora de lograr votos, también el apoyo de las estrellas ha demostrado su eficacia. Por eso Jackson se dejó ver en el último tiempo en la casa de Manhattan de Bill Cosby, o conversando con Stevie Wonder. Sin embargo, pese a todo este despliegue, apenas la mitad de la población norteamericana vota en las elecciones presidenciales. Una proporción menor participa de las primarias y menos todavía en los *caucuses*, donde ya no se trata simplemente de colocar un sobre en la urna, sino de concurrir a extensas asambleas.

A mediados de agosto, cuando terminen las convenciones nacionales de los dos partidos, los candidatos estarán designados. La campaña se traslada entonces a la televisión: en cuatro oportunidades los dos contendientes debaten en la pantalla, y los efectos de los encuentros son evaluados en encuestas de opinión, tendientes a detectar los progresos de cada candidato.

Los resultados de las elecciones presidenciales se conocerán la noche del mismo 8 de noviembre, aunque la proclamación no se hará hasta el 19 de diciembre, cuando se reúna el Colegio Electoral. Pero para ese momento el nombre del futuro ocupante de la Casa Blanca ya no será un misterio.

es todavía la mejor esperanza del partido para conseguir la presidencia el 8 de noviembre.

La proeza de Jackson, convertirse a pesar del color de su piel en un candidato nacional respetable, ha sido posible sin que su programa haya sido hasta el momento objeto del mismo análisis intenso que el de sus competidores. Ha jugado a su favor su raza. A partir de ahora su mensaje de poner fin a la "violencia económica" del desempleo y de los trabajos mal pagados, ataques a la codicia de las elites financieras y la lucha contra la droga como "más importante que la lucha contra el comunismo", va a ser sometido a un intenso escrutinio.

Jackson, que carece de experiencia administrativa como gestor y que nunca ha sido elegido para un cargo público, ha apelado hasta ahora más a las emociones que a la razón, y no ha creído necesario explicar cómo logrará sus objetivos y cuáles son los números detrás de su programa. Superado el primer importante escollo (a pesar de su raza es creíble su aspiración a la presidencia) ahora tendrá que demostrar que está preparado para serlo. Sin descontar el racismo aún latente en la sociedad norteamericana, muchos que conocen a Jesse creen que su principal problema reside en que no tiene las calificaciones necesarias para ser presidente.

La fuerza demostrada por Jackson, arrastrando votos blancos, aunque no más de un 10 por ciento, ha destrozado la imagen de Dukakis, para quien los santones del partido preparaban una designación inevitable. El gobernador de Massachusetts continúa siendo, a pesar de su gran bolsa de dinero, los millones de dólares invertidos en televisión y su gran organización, un desconocido a nivel nacional. Su mensaje de competencia tecnocrática, "más empleos y mejores salarios", y su promesa de repetir a nivel nacional el "milagro económico" de Massachusetts se ha pinchado.

Este hijo de inmigrantes griegos que vende un liberalismo clásico pero barato —no defiende la masiva intervención estatal clásica del Partido Demócrata— matizado por sus dotes de buen gerente, aparece como un enanito político confrontado con Jackson. Ha sido incapaz en los estados industriales del Norte, en ninguno de los cuales había podido ganar, de atraer el voto de obreros industriales y la clase media, sin los cuales ningún demócrata puede llegar a la presidencia.

No ha sido capaz de explicar por qué quiere ser presidente, y no transmite una visión, propia y atractiva de adónde quiere llevar a EE.UU. en los próximos cuatro años. Se presenta como heredero de John Kennedy, y dice a sus audiencias que, 28 años después, "otro hijo de Massachusetts" va a llegar a la Casa Blanca. "Es el candidato con más dinero y con menos que decir", afirma William Carrick, el ex director de campaña de Richard Gephardt.

El éxito de Jackson confirma que los demócratas tendrán una convención abierta en Atlanta, donde el tironeo de delegados (hay 645 "superdelegados", luminarias del partido, que no son elegidos directamente) y el pacto debajo de la mesa quizá tengan que resolver lo que no resuelven 50 elecciones primarias. Y en una situación así todo es posible.

Vuelve a hablarse de que la debilidad del preferido por la clase política demócrata, Dukakis, y la irrupción de Jackson hacen más factible que el partido se vuelva hacia un "salvador". Se considera que la designación de Jackson, un personaje muy divisor y que tiene un alto grado de rechazo entre el electorado independiente y republicano, supondría una catastrófica derrota para los demócratas en las urnas en noviembre. Se recuerdan los desastres de McGovern, en 1972, y de Mondale, en 1984.

Todas las miradas se dirigen estos días hacia el gobernador del estado de Nueva York, Mario Cuomo, que continúa diciendo que no es ni será candidato y que sería antidemocrático saltar a la palestra sin haber competido en la fase previa. Dukakis cuenta para salvar su candidatura con el apoyo explícito de Cuomo antes de las primarias del 19 de abril en Nueva York. Cuomo considera débil el mensaje de Dukakis, que está siendo presionado para que abandone su actitud excesivamente cerebral e inyecte corazón y emoción en su campaña.

Pero pase lo que pase en Nueva York (que elige 255 delegados, el segundo paquete en importancia después de California), en Pensilvania y en California y Nueva Jersey el 7 de junio, las últimas primarias, ni Jackson ni Dukakis llegarán a Atlanta con los 2082 delegados en el bolsillo necesarios para ser designados en primera votación. El sistema proporcional de adjudicación de delegados lo hace matemáticamente imposible. La máxima aspiración es obtener un 40 por ciento y atraer a suficientes "superdelegados" para pasar la barrera.



UN GRIEGO EN LA CORTE DE LOS KENNEDY

Por F. B., desde Washington

Lo llaman el *Duke*, habla un buen español y dice que, al igual que en 1960, cuando John F. Kennedy sustituyó en la Casa Blanca al anciano Eisenhower, este año él busca protagonizar un cambio de igual trascendencia en Estados Unidos disputando la sucesión de Ronald Reagan. Es Michael Dukakis, 53 años, casado, tres hijos, gobernador de Massachusetts, hijo de inmigrantes griegos. Con sus victorias en Newhampshire y en Connecticut se convirtió en el demócrata con más posibilidades de lograr la designación de su partido. Ha dado los primeros pasos, pero para convertirse en presidenciable tendrá que ofrecer algo más que su actual imagen de tecnócrata competente.

Michael Dukakis fue arrastrado a la política por la ilusión creada por la era iniciada por Kennedy hace 28 años. En 1960 se graduaba como abogado en Harvard, donde años antes lo había hecho el joven presidente. Como él, es de Massachusetts y tiene un problema étnico, aunque en la América de los ochenta quizá no lo sea tanto como lo fue entonces para un católico irlandés.

Pero aquí se acaban las semejanzas entre los dos personajes. Dukakis —bajito, moreno y con unas pobladas cejas negras y una nariz aguileña en una cabeza de buen tamaño, que harán las delicias de los caricaturistas— no tiene la brillantez física que cautivaba a simple vista del presidente asesinado en Dallas. Y, lo que es más importante, el gobernador de Massachusetts carece de la visión y la inspiración de Kennedy, que provocó un estallido de idealismo en EE.UU. al comienzo de los años sesenta.

Michael Dukakis es un político frío y reservado, que trata de suplir su falta de carisma con una competencia técnica. Es por tercera vez gobernador de Massachusetts —el Estado de los Kennedy—, donde ha impulsado un *milagro* económico, recuperándolo del declive para situarlo entre los más prósperos y de mayor crecimiento de la Unión. Gracias, sobre todo, a la atracción de industria tecnológica de punta, ayudado por la instalación de firmas relacionadas con la defensa.

El fraude fiscal

Dukakis hace campaña prometiendo trasladar este *boom* al resto del país, pero sus críticos dicen que parece pretender ser gobernador de los Estados Unidos más que presidente. Uno de sus grandes temas electorales, por el que resulta difícil apasionarse, es su insistencia en que la gran solución al déficit presupuestario pasaría por cobrar los impuestos a los que no pagan. Habla de una bolsa de fraude de 110.000 millones de dólares. Carece de pasión, o al menos no la transmite. En sus apariciones públicas uno cree estar viendo a un *robot* bien entrenado, a una sofisticada cinta magnetofónica, segura y sin fallos. Tendrá que disipar la duda de si los norteamericanos se conforman con un buen gestor o buscan, tras ocho años de Reagan, un líder que inspire un auténtico cambio.

Dukakis puede ser también demasiado liberal, un típico representante del espíritu progresista de la costa Este, de difícil aceptación en el Sur conservador y en un país que sale de una etapa de afianzamiento de los valores conservadores. Tiene una laguna importante en política exterior, donde sus posiciones —sobre todo, en Centroamérica y en su defensa del derecho internacional y de un comportamiento internacional guiado por principios morales— le pueden acarrear problemas con una América sobrecargada de patriotismo.

Pero Dukakis supera su falta de brillantez con una ausencia de demagogia en sus planteamientos que es de agradecer. Parece un político europeo, más preocupado de explicar los temas a fondo que de vender mensajes publicitarios en porciones de 20 segundos de televisión. Es reflexivo, trabajador hasta el agotamiento, exigente y está rodeado de un buen equipo. En esto también recuerda a Kennedy: gentes de Harvard y de la inteligencia de las grandes universidades del Este.

Ha sido capaz de montar una organización nacional de primera línea y es el candidato demócrata que más dinero tiene, lo que le permitirá mantener su batalla hasta el final. Gracias a su mujer, Kitty, tiene la conexión con el poderoso *lobby* judío. Si convence en el Sur —aunque no gane a Jackson— este político tranquilo puede ser el hombre con el que los demócratas recuperen la Casa Blanca en noviembre. Con permiso de George Bush.

AFP



PEQUEÑO DUKAKIS ILUSTRADO

Política exterior

— Se opone a todo tipo de ayuda a los contras, aunque dice que los Estados Unidos tienen el derecho de impedir que un gobierno en América Central o del Sur subvierta a sus vecinos.

— Criticó con cautela la reacción de Israel ante las protestas palestinas.

— Propone una reducción de la deuda para algunos países del Tercer Mundo.

— Apoya sanciones más duras contra Sudáfrica y la interrupción de la ayuda a los rebeldes angoleños.

Defensa. Control armamentista

— Propone que Estados Unidos y la Unión Soviética disminuyan en un 50 por ciento las armas nucleares. Apoya el tratado INF.

— Sugiere un fortalecimiento de las fuerzas convencionales, con un gasto de entre 2000 y 3000 millones de dólares.

— Cree que puede disminuirse en unos 10.000 millones de dólares el presupuesto militar de Reagan.

Política interna

— Apoya la reducción de gastos, pero cree que no es posible realizar cortes importantes en programas internos.

— No propone nuevos impuestos, pero sugiere un endurecimiento con los evasores.

— Apoya un incremento del salario mínimo y un seguro de salud.

— Propone un fondo autofinanciado para estudiantes de bajos recursos.

— Solicita un fondo de desarrollo de 500 millones de dólares para áreas marginadas.

PEQUEÑO JACKSON ILUSTRADO

Política exterior

— Se opone a todo tipo de ayuda a los contras. Apoya la autodeterminación.

— Solicita sanciones económicas adicionales contra Sudáfrica y propone que otros países se incorporen a un boicot económico.

— Propone interrumpir la ayuda a los rebeldes angoleños.

— Apoya la creación de un estado palestino independiente, con garantías de seguridad para Israel.

— Se inclina por una reducción de la deuda y un "Plan Marshall" para los países del Tercer Mundo.

Defensa. Control armamentista

— Apoya el tratado de reducción de misiles de alcance intermedio (INF), una moratoria en la investigación armamentista y nuevas reducciones de armas nucleares.

— Favorece la investigación en la Iniciativa de Defensa Estratégica, pero se opone al despliegue.

— Propone una reducción del gasto militar.

Política interior

— Solicita más becas para estudiantes de bajos ingresos.

— Propone un aumento del salario mínimo y la creación de un seguro nacional de salud.

— Favorece el incremento del impuesto a las ganancias para sectores de altos ingresos, un impuesto sobre bienes suntuarios y un plan para disuadir a las corporaciones de invertir en el exterior.

— Propone destinar parte del presupuesto militar a programas sociales.

— Solicita más fondos para detener el narcotráfico.

ANTES DE LA CONVENCION

LOS ULTIMOS DIAS DE UN CANDIDATO

El miércoles Michael Dukakis respiró aliviado. Había obtenido en Wisconsin una ventaja del 20 por ciento sobre Jesse Jackson y eso le permitió aflojar la tensión acumulada ante los inesperados avances de su rival. Pero las cifras tampoco resultaron un fracaso para el pastor negro: en un estado con un 95 por ciento de población blanca, obtener 26 delegados no es nada despreciable. Tras los *caucuses* de Colorado —donde Dukakis triunfó por escaso margen— y las primarias de Wisconsin, la diferencia sigue siendo pequeña: el gobernador de Massachusetts tiene 7[illegible]5 delegados a su favor, contra 706 de Jackson.

La situación no termina de sorprender. Los éxitos cosechados por Jackson echaron por tierra todos los pronósticos. Hasta el aplastante triunfo de Michigan, nadie pensaba seriamente que pudiera convertirse en el candidato demócrata. Ahora, aunque la mayoría de los medios sigue creyendo que no logrará el éxito final, la duda está planteada. A tal punto que la cuestión se convirtió en debate nacional: diarios y revistas dedican páginas a la discusión del fenómeno. Eso obviamente beneficia a Jackson: expertos en medios de comunicación calcularon que la sola inclusión de su foto en las tapas de los últimos números de *Time* y *Newsweek* representa un impacto equivalente a seis millones de carteles de propaganda.

Antes de la Convención Nacional, los candidatos deben librar todavía varias batallas. Todos los ojos se dirigen ahora a Nueva York, donde las primarias que se celebrarán el 19 de este mes pondrán en juego 255 delegados. Las posibilidades de éxito de Jackson dependen, curiosamente, de que Albert Gore —el tercer candidato demócrata— haga una buena elección. En 1984, el reverendo logró en ese estado un 26 por ciento de los votos; ahora se cree que alcanzará el 35 por ciento. Eso deja para los otros dos candidatos un 65 por ciento: cuanto más se acerque Gore a Dukakis, mayor será la ventaja de Jackson.

Sin embargo, ninguno de los contendientes tiene ya posibilidades de conseguir los 2082 delegados necesarios para ser designado en la primera votación.

A la Convención Nacional que se desarrollará en Atlanta entre el 18 y el 21 de julio, concurrirán 4160 delegados elegidos en las primarias o *caucuses* (asambleas estatales) según el procedimiento preferido por cada estado. La mayoría de ellos tiene su voto comprometido con el candidato vencedor en su distrito, por lo menos en la primera ronda. Pero el peligro para Jackson son los 645 superdelegados (362 miembros del Comité Nacional Demócrata, 253 legisladores, 25 gobernadores y 5 "distinguidos dirigentes partidarios") cuyo apoyo no está oficialmente pautado de antemano. Es poco probable que le den el visto bueno a Jackson: quieren un candidato que pueda derrotar a George Bush en las elecciones presidenciales y, según las encuestas, Jackson no tiene posibilidades de hacerlo. Por eso abrió el paraguas por anticipado: "Si (los superdelegados) se movieran de una forma concertada —dijo— implicaría ahogar el proceso".

Los dos postulantes en carrera siguen dedicando esfuerzos para reforzar su imagen. El éxito obtenido por Jackson colaboró para que sus arcas se enriquecieran con nuevos aportes espontáneos, que le permiten dar impulso a una campaña que no contaba con demasiados medios, frente a los abundantes recursos desplegados por Dukakis. Sólo en enero, por ejemplo, este último invirtió 11 millones de dólares, casi cuatro veces más que los 2,7 millones desembolsados por Jackson. Este año a los medios tradicionales se sumó por primera vez la televisión por cable y buena parte de los candidatos compró espacios para propagar su imagen.

A la hora de lograr votos, también el apoyo de las estrellas ha demostrado su eficacia. Por eso Jackson se dejó ver en el último tiempo en la casa de Manhattan de Bill Cosby, o conversando con Stevie Wonder. Sin embargo, pese a todo este despliegue, apenas la mitad de la población norteamericana vota en las elecciones presidenciales. Una proporción menor participa de las primarias y menos todavía en los *caucuses*, donde ya no se trata simplemente de colocar un sobre en la urna, sino de concurrir a extensas asambleas.

A mediados de agosto, cuando terminen las convenciones nacionales de los dos partidos, los candidatos estarán designados. La campaña se traslada entonces a la televisión: en cuatro oportunidades los dos contendientes debaten en la pantalla, y los efectos de los encuentros son evaluados en encuestas de opinión, tendientes a detectar los progresos de cada candidato.

Los resultados de las elecciones presidenciales se conocerán la noche del mismo 8 de noviembre, aunque la proclamación no se hará hasta el 19 de diciembre, cuando se reúna el Colegio Electoral. Pero para ese momento el nombre del futuro ocupante de la Casa Blanca ya no será un misterio.

DUKAKIS MIRA AL SUR

Por Gustavo Szulansky, desde Nueva York

Vayamos desde el Norte hacia el Sur. Aviones de transporte militar norteamericano llevaron tropas hacia Honduras, en un momento en que las negociaciones por la paz en Centroamérica parecieron estar estancadas. ¿Qué haría el presidente Dukakis en estas circunstancias?

—El año pasado, desayunando en Boston con el presidente Arias, de Costa Rica, le pregunté qué pasaría si los Estados Unidos apoyaban su plan de paz para Centroamérica. "Sería un éxito completo", me respondió Arias. Y yo estoy completamente de acuerdo. Si Ronald Reagan hubiera prestado su apoyo al Plan Arias, hoy no estaríamos metidos en la situación que padecemos.

Cuando yo sea presidente, a partir de enero próximo, vamos a suspender toda ayuda a los contras y pondremos la mayor energía en impulsar el Plan Arias. Pero eso tendría que hacerse ya mismo. No en uno, dos o tres meses sino hoy mismo.

En cuanto al caso específico de Honduras, no quiero ver tropas norteamericanas en su territorio. Ni siquiera, como ha ocurrido recientemente, me parece que sea necesario enviar a trece funcionarios del Departamento de Información Pública para escribir un parte de prensa.

En algo quiero ser sumamente claro. Mi gobierno no toleraría una invasión de un país hacia otro país en este hemisferio, en absolutamente ningún caso.

—Sin embargo, hay situaciones en que funcionarios de menor nivel parecen estar más allá de la ley en el gobierno norteamericano, desafiando a las políticas establecidas por el Congreso. ¿Qué opinión le merecen las recientes acusaciones de un jurado independiente contra Oliver North y John Poindexter, entre otros?

—Desde ya, creo en el precepto jurídico que establece que todo acusado es inocente hasta que se lo declara culpable. Pero me parece increíble lo que viene sucediendo en la administración del presidente Reagan, donde cada funcionario de alto nivel que deja su puesto lo hace acompañado de un fiscal. Y el mismo fiscal general, Edwin Meese, pasa más tiempo defendiéndose a sí mismo ante los tribunales que persiguiendo a posibles violadores de las leyes.

—Sigamos hacia el Sur. Panamá es un vol-





UN GRIEGO EN LA CORTE DE LOS KENNEDY

Por F. B., desde Washington

Lo llaman el *Duke*, habla un buen español y dice que, al igual que en 1960, cuando John F. Kennedy sustituyó en la Casa Blanca al anciano Eisenhower, este año él busca protagonizar un cambio de igual trascendencia en Estados Unidos disputando la sucesión de Ronald Reagan. Es Michael Dukakis, 53 años, casado, tres hijos, gobernador de Massachusetts, hijo de inmigrantes griegos. Con sus victorias en Newhampshire y en Connecticut se convirtió en el demócrata con más posibilidades de lograr la designación de su partido. Ha dado los primeros pasos, pero para convertirse en presidenciable tendrá que ofrecer algo más que su actual imagen de tecnócrata competente.

Michael Dukakis fue arrastrado a la política por la ilusión creada por la era iniciada por Kennedy hace 28 años. En 1960 se graduaba como abogado en Harvard, donde años antes lo había hecho el joven presidente. Como él, es de Massachusetts y tiene un problema étnico, aunque en la América de los ochenta quizá no lo sea tanto como lo fue entonces para un católico irlandés.

Pero aquí se acaban las semejanzas entre los dos personajes. Dukakis —bajito, moreno y con unas pobladas cejas negras y una nariz aguileña en una cabeza de buen tamaño, que harán las delicias de los caricaturistas— no tiene la brillantez física que cautivaba a simple vista del presidente asesinado en Dallas. Y, lo que es más importante, el gobernador de Massachusetts carece de la visión y la inspiración de Kennedy, que provocó un estallido de idealismo en EE.UU. al comienzo de los años sesenta.

Michael Dukakis es un político frío y reservado, que trata de suplir su falta de carisma con una competencia técnica. Es por tercera vez gobernador de Massachusetts —el Estado de los Kennedy—, donde ha impulsado un *milagro* económico, recuperándolo del declive para situarlo entre los más prósperos y de mayor crecimiento de la Unión. Gracias, sobre todo, a la atracción de industria tecnológica de punta, ayudado por la instalación de firmas relacionadas con la defensa.

El fraude fiscal

Dukakis hace campaña prometiendo trasladar este *boom* al resto del país, pero sus críticos dicen que parece pretender ser gobernador de los Estados Unidos más que presidente. Uno de sus grandes temas electorales, por el que resulta difícil apasionarse, es su insistencia en que la gran solución al déficit presupuestario pasaría por cobrar los impuestos a los que no pagan. Habla de una bolsa de fraude de 110.000 millones de dólares. Carece de pasión, o al menos no la transmite. En sus apariciones públicas uno cree estar viendo a un *robot* bien entrenado, a una sofisticada cinta magnetofónica, segura y sin fallos. Tendrá que disipar la duda de si los norteamericanos se conforman con un buen gestor o buscan, tras ocho años de Reagan, un líder que inspire un auténtico cambio.

Dukakis puede ser también demasiado liberal, un típico representante del espíritu progresista de la costa Este, de difícil aceptación en el Sur conservador y en un país que sale de una etapa de afianzamiento de los valores conservadores. Tiene una laguna importante en política exterior, donde sus posiciones —sobre todo, en Centroamérica y en su defensa del derecho internacional y de un comportamiento internacional guiado por principios morales— le pueden acarrear problemas con una América sobrecargada de patriotismo.

Pero Dukakis supera su falta de brillantez con una ausencia de demagogia en sus planteamientos que es de agradecer. Parece un político europeo, más preocupado de explicar los temas a fondo que de vender mensajes publicitarios en porciones de 20 segundos de televisión. Es reflexivo, trabajador hasta el agotamiento, exigente y está rodeado de un buen equipo. En esto también recuerda a Kennedy: gentes de Harvard y de la inteligencia de las grandes universidades del Este.

Ha sido capaz de montar una organización nacional de primera línea y es el candidato demócrata que más dinero tiene, lo que le permitirá mantener su batalla hasta el final. Gracias a su mujer, Kitty, tiene la conexión con el poderoso *lobby* judío. Si convence en el Sur —aunque no gane a Jackson— este político tranquilo puede ser el hombre con el que los demócratas recuperen la Casa Blanca en noviembre. Con permiso de George Bush.



PEQUEÑO DUKAKIS ILUSTRADO

...tica exterior

...e opone a todo tipo de ayuda a los contras, ...que dice que los Estados Unidos tienen el de...o de impedir que un gobierno en América ...ral o del Sur subvierta a sus vecinos.

...ritició con cautela la reacción de Israel ante ...rotestas palestinas.

...ropone una reducción de la deuda para algu... ...países del Tercer Mundo.

...poya sanciones más duras contra Sudáfrica ...interrupción de la ayuda a los rebeldes ango...s.

...ensa. Control armamentista

...ropone que Estados Unidos y la Unión So...ca disminuyan en un 50 por ciento las armas ...eares. Apoya el tratado INF.

...ugiere un fortalecimiento de las fuerzas convencionales, con un gasto de entre 2000 y 3000 millones de dólares.

— Cree que puede disminuirse en unos 10.000 millones de dólares el presupuesto militar de Reagan.

Política interna

— Apoya la reducción de gastos, pero cree que no es posible realizar cortes importantes en programas internos.

— No propone nuevos impuestos, pero sugiere un endurecimiento con los evasores.

— Apoya un incremento del salario mínimo y un seguro de salud.

— Propone un fondo autofinanciado para estudiantes de bajos recursos.

— Solicita un fondo de desarrollo de 500 millones de dólares para áreas marginadas.

PEQUEÑO JACKSON ILUSTRADO

...ica exterior

...e opone a todo tipo de ayuda a los contras. ...ya la autodeterminación.

...olicita sanciones económicas adicionales ...ra Sudáfrica y propone que otros países se ...rporen a un boicot económico.

...ropone interrumpir la ayuda a los rebeldes ...oleños.

...poya la creación de un estado palestino inde...iente, con garantías de seguridad para Israel.

...e inclina por una reducción de la deuda y un ...an Marshall'' para los países del Tercer Mun...

...ensa. Control armamentista

...poya el tratado de reducción de misiles de al...e intermedio (INF), una moratoria en la in...igación armamentista y nuevas reducciones ...rmas nucleares.

— Favorece la investigación en la Iniciativa de Defensa Estratégica, pero se opone al despliegue.

— Propone una reducción del gasto militar.

Política interior

— Solicita más becas para estudiantes de bajos ingresos.

— Propone un aumento del salario mínimo y la creación de un seguro nacional de salud.

— Favorece el incremento del impuesto a las ganancias para sectores de altos ingresos, un impuesto sobre bienes suntuarios y un plan para disuadir a las corporaciones de invertir en el exterior.

— Propone destinar parte del presupuesto militar a programas sociales.

— Solicita más fondos para detener el narcotráfico.

AFP



DUKAKIS MIRA AL SUR

Por Gustavo Szulansky, desde Nueva York

Vayamos desde el Norte hacia el Sur. Aviones de transporte militar norteamericano llevaron tropas hacia Honduras, en un momento en que las negociaciones por la paz en Centroamérica parecieron estar estancadas. ¿Qué haría el presidente Dukakis en estas circunstancias?

—El año pasado, desayunando en Boston con el presidente Arias, de Costa Rica, le pregunté qué pasaría si los Estados Unidos apoyaban su plan de paz para Centroamérica. ''Sería un éxito completo'', me respondió Arias. Y yo estoy completamente de acuerdo. Si Ronald Reagan hubiera prestado su apoyo al Plan Arias, hoy no estaríamos metidos en la situación que padecemos.

Cuando yo sea presidente, a partir de enero próximo, vamos a suspender toda ayuda a los contras y pondremos la mayor energía en impulsar el Plan Arias. Pero eso tendría que hacerse ya mismo. No en uno, dos o tres meses sino hoy mismo.

En cuanto al caso específico de Honduras, no quiero ver tropas norteamericanas en su territorio. Ni siquiera, como ha ocurrido recientemente, me parece que sea necesario enviar a trece funcionarios del Departamento de Información Pública para escribir un parte de prensa.

En algo quiero ser sumamente claro. Mi gobierno no toleraría una invasión de un país hacia otro país en este hemisferio, en absolutamente ningún caso.

—Sin embargo, hay situaciones en que funcionarios de menor nivel parecen estar más allá de la ley en el gobierno norteamericano, desafiando a las políticas establecidas por el Congreso. ¿Qué opinión le merecen las recientes acusaciones de un jurado independiente contra Oliver North y John Poindexter, entre otros?

—Desde ya, creo en el precepto jurídico que establece que todo acusado es inocente hasta que se lo declara culpable. Pero me parece increíble lo que viene sucediendo en la administración del presidente Reagan, donde cada funcionario de alto nivel que deja su puesto lo hace acompañado de un fiscal. Y el mismo fiscal general, Edwin Meese, pasa más tiempo defendiéndose a sí mismo ante los tribunales que persiguiendo a posibles violadores de las leyes.

—Sigamos hacia el Sur. Panamá es un vol-



cán, en el que las consecuencias directas de la política exterior norteamericana son claramente visibles. ¿Qué actitud tomaría usted con el gobierno que lidera el general Noriega?

—El problema es que todavía no sabemos la historia completa de las relaciones entre la administración Reagan y el general Noriega. Los Estados Unidos han cometido constantes errores en su relación con los países bajo gobiernos dictatoriales. Nos acostamos con Batista y nació Fidel Castro. Fuimos a la cama con Somoza y aparecieron los sandinistas. Cortejamos a Ferdinando Marcos y casi se arma un desastre en las Filipinas. Yo quiero saber, entonces, qué funcionarios mantuvieron negociaciones con Noriega, y cómo fueron esos tratos. Quiero saber si se le pagó a Noriega. Sólo entonces podremos tener claro qué actitud tomar con él.

—En América del Sur, volvemos a encontrar otros gobiernos no democráticos que parecen estar sostenidos por los Estados Unidos, ¿el presidente Dukakis seguiría brindando su apoyo a Chile y Paraguay?

—No debemos inmiscuirnos en los asuntos de política interna de otros países. Consecuentemente, no podemos ir a Chile o Paraguay e intentar derrocar a sus gobiernos. Pero sí les indicaremos con toda claridad a Pinochet y a Stroessner que no van a contar con nuestro apoyo ni van a recibir ningún tipo de ayuda mientras sigan violando los derechos humanos de sus pueblos. Tenemos el deber de trabajar con los gobiernos democráticos de América latina en forma muy estrecha. De esa manera, los gobiernos que no respetan los derechos humanos o sindicales comprenderán que no les brindaremos asistencia de ninguna clase.

—En el extremo sur del continente americano, Inglaterra realiza maniobras militares en las islas Malvinas, pese a las protestas de la Argentina. ¿Cuál es su opinión?

—Ese es un problema para el cual yo tengo una respuesta sencilla. Creo que la única solución pasa por dialogar con nuestros vecinos democráticos. Teniendo en cuenta lo que sucedió, es fundamental que la Argentina tenga ahora un régimen de democracia, con el cual es posible trabajar en conjunto de manera muy estrecha. También con Gran Bretaña, obviamente, tenemos una relación especial, pero los conflictos pueden solucionarse.

Creo que debe devolverse a la Organización de Estados Americanos su categoría de institución con significados, dentro de la cual se puedan discutir los problemas continentales. Como ya lo dije al referirme a los países centroamericanos, únicamente una actitud clara de cooperación de Estados Unidos con las democracias americanas permitirá erradicar los conflictos armados de este continente.

—Por último, sería interesante conocer cuál es su posición respecto de la deuda externa que agobia a los países de América latina.

—Evidentemente, ése es un problema muy grande y muy importante. No es posible pensar en que los gobiernos democráticos puedan consolidarse si no alcanzan buenas condiciones de desarrollo económico. Pienso que el plan propuesto por el senador Bill Bradley es altamente adecuado y, a través de él, podemos ayudar a nuestros amigos latinoamericanos. El Plan Bradley propone que parte de la deuda sea considerada como cancelada, lo que haría mucho más factible todo proceso de negociación. Creo que es de suma importancia que mi país colabore con sus amigos en el continente, que no son otros que las democracias de América latina.



ALGO ESTA CAMBIANDO EN LOS ESTADOS UNIDOS

LOS OLVIDADOS DE REAGAN

Por Ernesto Tiffenberg

Los asesores de George Bush todavía sonríen. Hace tiempo que Robert Dole, su más peligroso rival, abandonó la carrera, y el predicador Pat Robertson es sólo una figura de reparto en el tranquilo desfile hacia la convención que lo investirá como candidato republicano a la presidencia de los Estados Unidos. Los demócratas, por su parte, no consiguen definir un candidato y, para colmo, la presencia de uno de los aspirantes en la fórmula los conduciría a la derrota. Estados Unidos no parece preparado para un presidente negro. Pero no son las primarias sino los indicadores económicos los que mantienen la alegría en el entorno de Bush.

A pesar del lunes negro de Wall Street, la tan anunciada recesión todavía no ha llegado; la inflación sigue controlada y las cifras del desempleo llegaron al 5,7%, el punto más bajo de los últimos ocho años. Si todo sigue así hasta noviembre, los votantes republicanos estarán contentos y Bush será el 41° presidente de los Estados Unidos.

Sin embargo, nada garantiza la continuidad de las sonrisas. Las cotizaciones de la bolsa subieron un 200 por ciento desde 1982 —señalaba en agosto de 1987 el *Wall Street Journal*—, mientras el producto nacional creció sólo un 40, y menos del 20 si se descuenta la inflación. El desplome después del crac no compensó la diferencia, por lo que aún nadie respira tranquilo en las estrechas calles del sur de Manhattan. La inflación sigue efectivamente bajo control, aunque el precio haya sido una caída en el salario real de los trabajadores en un 14%, y los gigantescos déficit comerciales y presupuestarios sigan justificando la conocida definición de Paul Volcker: "Son como una pistola cargada apuntando al corazón de la economía norteamericana". El gasto militar llega al 7% del PBI, que no parece muy impresionante frente al 10% alcanzado en la presidencia de Eisenhower, pero que se transforma en crítico en una época en que "Estados Unidos —según señala el historiador Paul Kennedy— ha disminuido a la mitad su participación en la economía mundial", y sus principales competidores, Japón y Alemania, disfrutan las ventajas del paraguas nuclear norteamericano y no aportan demasiado a su propia defensa.

Finalmente, aunque durante la administración Reagan se crearon 13 millones de puestos de trabajo, que superan a los 10,8 millones suprimidos por el cierre o la reestructuración de plantas fabriles, los nuevos empleos se encuentran fundamentalmente en los servicios y son —a diferencia de los perdidos puestos industriales— en su gran mayoría inestables, mal pagados y carentes de sistemas mínimos de seguridad social. Según explica Pierre Dommergues en *Le Monde Diplomatique*, "esta proliferación de 'empleítos' acelera la polarización social provocada por la 'reaganomía'. No son solamente los negros, los hispanos, las mujeres y los jóvenes los golpeados por esta 'revolución' del mercado de trabajo, sino también la mayoría de los norteamericanos blancos, el ejército de los trabajadores modestos que constituyen la cara oculta de Estados Unidos". Un abanico que coincide casi exactamente con el que Jesse Jackson aspira a convocar —y por los resultados de las primarias parece que lo está empezando a lograr— para conformar su gran coalición Arco Iris.

Los sueños de la razón engendran Jacksons

Después del Irangate y de la crisis de la bolsa se han vuelto "visibles" los "olvidados" por ocho años de "mercado libre" y despliegue imperial, las dos columnas del sueño conservador de Reagan. La magia de la ideología neoliberal ya no alcanza a cubrir a los 37 millones de norteamericanos que viven debajo de la línea de pobreza sin ninguna cobertura médica o social, ni la destrucción de la industria tradicional en el altar de la especulación financiera, y ni siquiera el déficit que a partir de 1986 muestra la balanza comercial de los productos de alta tecnología, el sector que los economistas gubernamentales reservaban para encabezar una nueva expansión. Y por las fisuras del mito liberal se cuelan las primeras expresiones de una propuesta alternativa.

"Yo encarno la tradición de aquellos que marcharon solidariamente por trabajo, paz y justicia —dice Jackson acentuando el ritmo—. En los sesenta marchamos por los derechos civiles; en los ochenta por los derechos de los trabajadores. En los sesenta marchamos por acabar con la violencia racista; en los ochenta por desterrar la violencia económica." Curiosamente, el radicalismo y la seducción desplegados por Jackson impidieron hasta ahora destacar el discurso progresista que domina las primarias demócratas en su conjunto. Hasta la esperanza conservadora del Sur, Albert Gore, se vio obligado a decir que quiere entrar en la Casa Blanca "de la mano del pueblo que trabaja por el cambio", además de reclamar apoyo para las víctimas del SIDA, las reivindicaciones ecologistas y los sin techo. Peor aun, apareció en un comercial televisivo en mangas de camisa y sin corbata. Por su parte, el gobernador Dukakis que —aunque arrastra la maldición de Nixon ("en política, si hay algo peor que estar equivocado es ser aburrido")— sigue siendo el favorito para encabezar la fórmula, ha puesto en marcha en su estado, Massachusetts, un programa de seguridad social que cubre al conjunto de la población y hasta ha reivindicado, oficialmente, la memoria de los obreros anarquistas Sacco y Vanzetti, ejecutados en 1927.

Sin embargo, los republicanos no creen en fantasmas, y menos en fantasmas negros. "Si la recesión no llega antes de noviembre —asegura un cercano colaborador de Bush— sólo nos podría hacer sudar un peso pesado como Edward Kennedy o Mario Cuomo. Y si llega antes, sólo nos puede salvar la candidatura de Jackson". Aunque ya nadie se atreve a echar a un negro de un restaurante y la clase media de color se pasea con sus BMW por los lugares de moda, todavía el ingreso promedio de las familias negras alcanza sólo el 57% del de las blancas, y las tasas de pobreza, que llegan al 31% de la comunidad, triplican holgadamente la de la raza mayoritaria. En los últimos años el problema incorporó otro matiz: desde que Reagan llegó a la Casa Blanca se redujo a la mitad el porcentaje de funcionarios negros dependientes del Ejecutivo.

El establishment demócrata, que conoce estos datos, enfrenta un difícil dilema. Si Jackson obtiene una cantidad de votos suficientes para aspirar a la candidatura y la convención de Atlanta lo proclama, el desastre es seguro; pero si la convención le quita ese derecho para nombrar al expectante gobernador de Nueva York, Mario Cuomo, el partido perderá el decisivo apoyo negro y el desastre es seguro. Desconsolados, los dirigentes sueñan con una espectacular levantada de Dukakis en las últimas primarias importantes (Nueva York y California), o con que sea el propio Jackson el que convoque a Cuomo en su reemplazo.

Una encuesta de la revista *Newsweek* asegura que el 18% de los blancos y el 22% de los negros consideran bastante probable que Estados Unidos tenga su primer presidente negro en el curso de los próximos 20 años. Pero no aclaraba si Jackson estaba entre ellos. Por ahora, cuando faltan tres meses para la convención, el reverendo negro hijo de madre soltera se conforma con mirar fijo al centro de la cámara y, acentuando cada palabra, repetir: "Yo soy la conciencia del Partido Demócrata, así que me propongo ser el candidato".

Algo está cambiando en los Estados Unidos.

AFP

